

SELECCIÓN POÉTICA
Y NARRATIVA



Octavio Santa Cruz Urquieta



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

OCTAVIO SANTA CRUZ URQUIETA

SELECCIÓN POÉTICA Y
NARRATIVA



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

Octavio Santa Cruz Urquieta

(Lima, 1943)

Licenciado en Arte, magíster en Literatura Peruana y Latinoamericana y doctor en Historia del Arte por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde se desempeñó como profesor principal de la Escuela Académico-Profesional de Arte, a la que dirigió entre el 2013 y el 2016.

Diseñador gráfico con exposiciones y premios, como la Medalla de la Paz 1981 de las Naciones Unidas en el concurso de afiche para el desarme. Integró la directiva de la Asociación de Diseñadores del Perú (ASPED) en 1980. En 2018 publicó el libro *El diseño gráfico en Lima. 1960*.

Guitarrista y cantautor, ha publicado el libro *La guitarra en el Perú, Bases para su historia* (UNMSM, 2004); diez cuadernos de partituras: *Aires costeños* (1983), *El cuaderno de vihuela – 1830* (1996), *Matías Maestro, guitarrista* (2001), *La muñeca negra, para dúo de guitarras* (2004) y *Pedro Ximénez Abrill Tirado – Cien minuets* (2006).

Ha grabado los CD *Guitarra negra* (1992) en dúo con Alina Santa Cruz, *De inga y de mandinga* (1996) con Julio Humala, y *Al compás del socobón* (2000).

Narrador y decimista con obra publicada. Tiene en su haber los libros *Cuentos de negros* (2012), *Escritura y performance en los decimistas de hoy* (2014) y *Mi tío Nicomedes* (2015).

En junio de 2013, el Ministerio de Cultura del Perú le otorgó el reconocimiento como Personalidad Meritoria de la Cultura.

Selección poética y narrativa

Octavio Santa Cruz Urquieta

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Edición de textos: Alfredo Ruiz Chinchay
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa “Lima Lee”, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

POESÍA

CUARTETAS¹

De saludo

Se juntan “todas las sangres”
en Costa, Montaña y Sierra.
Tiene “De Inga y De Mandinga”
la gente de nuestra tierra.

Canto al mar, al suelo eriazo,
a las nubes de arrebol,
a las dunas, al tablazo.
Le canto al rayo de Sol

1 Bajo el nombre de cumananas, huanchihualitos, matarinas y amorfinos en el Perú encontramos melodías diversas que en lo concerniente a la letra son simplemente cuartetos.

La cuarteta es una forma poética de pequeña extensión, muy útil para la creación rápida y la comunicación efectiva. En el camino hacia la versificación es recomendable practicarla.

Uno puede crear cuartetos de acuerdo con la ocasión.

Traigo el cantar popular
que es presente y es memoria

Y en mi guitarra el trinar
va entretejiendo su historia

Huanchihualito, huanchihualón / para amarte nací yo

(1996)

De jactancia y desafío

Hoy traigo hasta tu ventana.
Un canto tradicional
Los versos del amorfino
Que son cosa sin igual
Los versos / Los versos del amorfino

En mi verso cristalino
Palpitante de emoción
Se despierta el amorfino
Revive la tradición
Revive / se despierta el amorfino

Y al compás de mi guitarra
Si cantar es mi destino
Para que otros no lo olviden.
Yo te canto el amorfino
Ay Dios del alma / Yo te canto el amorfino

Con mi guitarra y cantando.
En esta “Noche peruana”

Mi inspiración se desborda
mi verso es cual filigrana
Zamba tirana de amor / tras de la muerte, el doctor

(1996)

Recital “Los tres Santa Cruz”

Yo te canto Nicomedes.
“Por lo humano” y “Lo Divino”.
Tu décimo aniversario
Con versos del amor fino.

En mi voz y en mi guitarra.
Y en el canto de mis primos
Nico, perduran tus versos.
Hoy te cantan tus sobrinos
Ay Dios del alma / Hoy te cantan tus sobrinos

Octavio, Rafo y Octavio.
Y Yahir en el cajón
Los Santa Cruz te recuerdan.
Revive la tradición
Revive. Revive la tradición
Zamba tirana de amor / tras de la muerte, el doctor

(2000)

Día de la madre

Amigos y familiares
Deseamos en este día
Para las madres de Jauja
Que todo sea alegría

Poetas sanmarquinas

Yo le canto al ramillete
de estas rosas sin espinas
del jardín de nuestras letras:
las poetas sanmarquinas

Aniversario

Soy profesor de San Marcos
Y les canto en este día
Que viva en su aniversario
La Escuela de Enfermería

(2002)

DÉCIMAS²

Décima de presentación

He templado mi instrumento
con canciones de mi tierra
sus alegrías y penas,
el saber y el sentimiento.
Se estremece el firmamento
contemplando hoy al Perú.
Y al no hallar mayor virtud
que cantar lo que se siente
yo le canto a nuestra gente
soy Octavio Santa Cruz

1996

2 Siendo una forma poética más elaborada, una sola décima puede comunicar una idea o historia completa. También se pueden agrupar varias estrofas, ya sea en forma libre, o glosadas cuando escojan el “Pie forzado”

Décima de Homenaje

La combinación sonora
más feliz, que aún perdura,
dotó de métrica pura
a la décima española.
Quien tal crédito enarbola
logró otra hazaña gemela:
le dio a la hispana vihuela
una cuerda más –la prima.
¡Te canto Espinel mi estima!
pero en décima espinela.

1999

(Vicente Martínez Espinel-n. 1550, creó la estructura
poética de la décima y también le agregó una cuerda
más a la guitarra.)

Décima de reto

A un recitador desaprensivo

Con letras de oro y diamante
justo es que escriban tu nombre
y harás que el mundo se asombre
aplaudiéndote incesante.

Tan magno y ansiado instante
dejará a todos sin sueño
que honrarán tan fausto empeño
hasta el fin del Universo:

Cuando repitas un verso
como lo escribió su dueño.

Décimas al Panalivio

(en un supuesto contexto colonial)

El panalivio fue un canto
donde el negro denunciaba
las penas que le aquejaban,
miserias, angustias, llanto.
Para colmo de quebranto
su texto fue prohibido
lo llamaron subversivo
y su danza cadenciosa
por pecar de licenciosa
también quedó en el olvido

Desde que llegué a esta tierra
recibí un trato brutal:
Al castigo corporal
en las minas de la Sierra
se agregó la infame hierra
en los campos de algodón.

La mala alimentación,
el látigo y el tormento
pulieron mi entendimiento.
Y así me hice cimarrón.

Me llamo Lorenzo Mombo
–Yolofo de nacimiento–
líder del levantamiento
toda mi gente es del Congo.
A este vil trato me opongo
merecemos mejor suerte.
Yo no le temo a la muerte
ni a la tina de jabón.
Y sé que esta humillación
Sólo la impone el más fuerte.

A los hijos que parí
les di como obligación
buscar su liberación
por lo mucho que sufrí.
Les enseñé qué aprendí:
¡Jamás a confiar del rico!
A usted' que es patrón le explico.
Me ha de recordar –supongo–

Yo señor, soy Rosa Congo.
Y a usté lo crié de chico.

De los negros de esta hacienda
“Julián grande” es el mejor.
No lo doblega el rigor,
jamás perdió una contienda.
Su nombre es una leyenda.
Desde hoy vive fugitivo:
es salteador de caminos,
en el Norte, bandolero.
Prefiere arriesgar el cuero
que vivir siendo cautivo.

De este colonial maltrato
queda muy poca memoria,
hoy se alimenta la historia
de un pintoresco recato.

Hoy el blanco timorato
Aplauda al negro en la peña
Atrás cual luctuosa enseña
Se quedó el pasado ingrato
Y de los cruentos relatos

de injusticia tan acerba
de protestas sin reservas
llamando a la insurrección

Apenas queda este son
parecido a la habanera:

*“...A la molina no voy más / Porque echan azote sin
cesar...”*

Décimas de Pie forzado

De Homenaje

Quien es aquel pajarillo
Que canta sobre el limón
Anda y dile que no cante
Que me duele el corazón

1

Del oráculo de Apolo,
de Palas la inteligencia,
de Calíope la elocuencia,
con la tempestad de Eolo.
Juntándose en uno solo,
prestando Ariadna su ovillo,
nació el hombre más sencillo
que Polimnia imaginó.
Celoso Orfeo inquirió:
¿Quién es aquel pajarillo?

2

Se ha de llamar Nicomedes
-dictaminó el Padre Eterno-
y ni el Cielo ni el Infierno
le han de imponer sus deberes.
Para que todos se enteren
de esta determinación
la Santa Cruz –cual blasón-
protegerá su apellido.
Como el pájaro en su nido
Que canta sobre el limón

3

Al madurar su emoción
su verbo se hizo profundo,
cantó a las cosas del mundo,
cantó a la revolución.
Nicomedes recorrió
el Perú de parte a parte
y nadie pudo ufanarse
de hacerle contestación.

Ni el poderoso ordenó:
¡Anda y dile que no cante!

4

Cantó a la madre abnegada,
al amor adolescente,
cantó a la pasión ardiente,
y a nuestra bandera amada.
Ante su Patria vejada
de atropellos sin razón
fue frontera su canción.
Por eso hoy al verlo ausente
siento un vacío tan fuerte
Que me duele el corazón

A Santa Rosa

Proponiéndola como Santa Patrona

Por la ternura infinita
de su canción redentora
la nombramos Protectora
de todos los guitarristas.

1

Por su llanto silencioso.
Por su inefable candor.
Por llevar nuestro dolor
en su corazón gozoso.
Por el gesto generoso.
Por su fragancia exquisita.
Por darle al que necesita:
salud, comida, consuelo.
Por su incansable desvelo.
Por la ternura infinita.

2

Por preferir el tormento.
Por evitar el reposo.
Por escoger el sollozo.
Por renunciar al sustento.
Por hacer diario el portento.
Y por tornar creadora
la misteriosa y sonora
expresión del sacrificio
como secreto prodigio
de su canción redentora.

3

Por penetrar los arcanos
con su verso cadencioso.
Por su canto melodioso.
Por pulsar con sabias manos,
los guitarristas peruanos
hoy le decimos: cantora,
vihuelista, tocadora,

guitarrista milagrosa.
Y a más de llamarla hermosa
La nombramos protectora.

4

A ella que sabe cantar
mientras su pecho desgarrar.
Y que pulsa su guitarra
para ponerse a rezar
Le hemos querido brindar
nuestra rima siempre lista.
Mas no como un decimista
que a “lo divino” se asoma,
sino como a la Patrona
de todos los guitarristas.

SEGUIDILLAS³

Saludito navideño

Para los seres queridos
que llevo en el corazón
y para aquellos que son
amigos de mis amigos,
va este saludo sentido:
a unos porque los extraño
y a otros porque no hace daño
desear ¡Feliz Navidad!
—valga la oportunidad—
y también un feliz año.

SANTA CRUZ-centro de arte

3 Los versos de cinco y siete sílabas llamados seguidillas pertenecen también a nuestra herencia castellana, pero su uso no siempre se encuentra a la vista. En mi caso personal hace varios años que los acostumbro para un saludo navideño virtual, “La paloma electrónica” donde alterno seguidillas con décimas.

Saludo decimista

Gracias al cambio tan drástico
causado por la informática
hoy viaja en forma fantástica
nuestro verso octosilábico.

Ya que el correo –antes práctico–
dio paso a un medio sincrónico,
inmediato, casi insólito,
mas –quién lo duda– verídico,
envío un saludo –aún tímido–
por el correo electrónico.

Quizás torne colmada
de amigos nuevos,
pero parte llevando
buenos deseos.

Alza paloma,
tu electrónico vuelo
raudo y sereno.

Allá viaja de nuevo
la palomita,
su electrónico pico
con su ramita.

Va canturreando,
mi saludo -llevando-
de decimista

¡Feliz año 2000

¡Decimitas y cantores populares del mundo!

Homenaje

El 30 de diciembre de 2005 falleció Jesús Orta Ruiz,
decimista cubano conocido como el indio Naborí.
Decimistas de todo el mundo dijeron su sentir.

Mi paloma mensajera
a punto de alzar el vuelo
halló oscurecido el cielo
y su sonrisa en quimera.
Con todo, partió certera,
mas, teñida de aflicción
viaja la salutación
que comparto desde aquí:
el saber que Naborí
desde hoy rima con crespón.

Orta Ruiz apellida
Y es Naborí
Tal vez ya no lo veas
Pero está aquí

Deja mil hijos
A la lumbre que abrasan
Sus ojos fijos

Y aunque está yerto
Como es Jesús, te digo
Que no se ha muerto.

(2006)

NARRATIVA

CUENTOS⁴

N.º 3

Todo el colegio estaba alborotado. Los grandes corrieron a llamar al director, los más chicos estaban a punto de llorar. Yo –que algo conozco de las habilidades de mi hermano– vislumbré sus intenciones en cuanto cogió la tiza y empezó a dibujar un paisaje en la pizarra... las nubes luminosas, los cerros, la hierba, las ramas floridas del arbolito, todo tan colorido, tan real.

En medio de la confusión que sobrevino en consecuencia, solo atiné, horrorizado, a esconder la mota para protegerlo. Qué diría mi mamá si alguien borrara la pizarra y yo tuviera que regresar solo a la casa.

4 La narrativa es escritura en prosa. Los cuentos son por lo general obras de creación, los que aquí que presentamos son de corta extensión.

Pero por más que le rogaron el padre de la parroquia y el profesor de zoología, mi hermano menor no quería bajar del árbol. No lo haré –les dijo–, no lo haré mientras no sepa dominar el lenguaje de los pájaros y el arte de volar.

N.º 5

¡No sé cómo morir! ¿Es que nadie tiene piedad de mí?
–Exclamó Tomás Zárate calado hasta los tuétanos.

En un rincón del patio mi primo Raúl jugaba con sus moneditas: ¡Aquí falta! –nos reclamó con toda firmeza. Pero nadie le hizo caso, todos corrimos a auxiliar al Tomasito.

Nevaba, como siempre que él se inquietaba. Desde que nació nos dimos cuenta, cuando lloraba de hambre su pobre madre tenía que amamantarlo tiritando hasta que el bebé estaba saciado y volvía a sonreír. No duró mucho la pobre, era la época de los apagones, de las colas, de los soplones; además se le perdió su carnet del partido y tenía que estar esperanzada a que algún compañero le consiguiera un buen dato, lo que no siempre ocurría. Pero cuando ella llegaba con algunos víveres la criatura se abrazaba a sus piernas. Tenía que cocinar entonces con el niño enredándosele entre los pies y cada vez que él lloraba *nevaba alrededor suyo. Nevaba y la gente no*

entendía cómo ni por qué. No es de extrañar que a la larga cayera con una pulmonía.

Compartimos un rayito de esperanza cuando Raúl empezó a tocar la guitarra, había dejado el colegio, no parecía interesarse en nada, pero con la guitarra no tardó en sentarse todo el día cerca de una tienda grande y por la tarde regresaba con muchas moneditas, fue entonces que se aficionó a jugar con ellas, su gusto era armar torres y torres de moneditas, así que por broma le llamábamos “el numismático”. Tomás lo seguía a todos lados, la música lo calmaba. Cuando cansado dejaba de tocar, él esperaba pacientemente, *la nieve caía entonces en copos finos, como plumillas delicadas* hasta que Raulito volvía a coger la guitarra.

Ese día la pena fue como un sonido interminable, un zumbido leve que lo envolvía, lo acompañaba adonde fuera. Y por supuesto, *la nieve caía, sobre su nostalgia, sobre él, sobre las casas, sobre los parques y los árboles.*

¿Por qué al caer la tarde el pequeño Tomas continuaba tan exacerbado? Parecía inexplicablemente enojado, angustiado. Raúl había tocado por horas, no se le podía pedir más. Estaba extenuado y al borde de la

desesperación. Tomás lo miraba fija, desoladamente, nevaba alrededor suyo, cada vez con mayor fiereza. *Un viento helado empezó a arremolinarse en torno a los dos muchachos.*

¿Es que nadie se apiadará de mí? –Exclamó nuevamente Tomás.

Mi abuela, apoyada en su bastón, con sus ciento dos años se nos quedó mirando. No abrió la boca, sólo paseó su mirada deteniéndose en cada uno de nosotros. ¡Vengan para acá niños! –dijo finalmente con una voz apenas audible pero infinitamente melodiosa. Y un resplandor cálido empezó a parpadear con reflejos dorados sobre su cabeza.

N.º 14

Qué sorpresa, justamente en el Berisso me lo encontré al Jacinto. Entraba con una caja bajo el brazo.

–¡Qué hay hermano! –le dije–, tanto tiempo! Y ya lo iba a abrazar, cuando... –¡Shhh...! –me contestó señalando la caja– ¡Duerme!... ven, tómate un trago.

Y como le pedí que me explicara, arrancó:

–Tuve que renunciar a Magda –me dijo–. Era una maniática. Coleccionaba ratones. Cuando me contó que era bióloga me la imaginé en un laboratorio haciendo experimentos, con su guardapolvo. Tú sabes, el ADN, la biotecnología... De dónde se me iba a ocurrir que ... ¡Ratones en la cocina, ratones bajo la cama, ratones sobre el ropero! ¡Era un asco! Eso no era matrimonio ni era nada. Hasta que ya no aguanté. –¡Los ratones o yo! – le dije.

–¡Yo! –contestó. Y salió tirando un portazo.

Pero me dejó los ratones.

Primero no lo creí.

–Ya regresará– me repetía. Pero con los días me tuve que convencer. Además, estos ratones eran unos malcriados, gritones y engreídos. Sus chillidos eran insoportables.

–Me voy a tocar de los nervios– pensé y como una idea salvadora, se me ocurrió: ¡Un canario! Su canto, sus gorjeos, serán un deleite. En efecto, parecía música del Paraíso, mi vida cambió de pronto. Y qué silencio. Como por arte de magia los pericotes se habían tranquilizado.

Mi canario cantaba tarde y mañana; bueno, los primeros días. Porque poco a poco empezó a languidecer. También comenzó a adelgazar, ya apenas si piaba.

–¡Será que necesita más comida! –pensé y le aumenté la ración de alpiste. Pero nada.

–¡Le falta compañía! –Y salí a la calle luego de dejarle triple ración, esta vez de alpiste, mote, cereales y pan con jamonada.

Regresé con toda *una jaula llena de canarios*, justo a tiempo para ver una fila de ratones que hacían cola repartiéndose subrepticamente el almuerzo de mi canario. Con razón estaban tan calladitos.

¡Ya! –transigí– Comida para todos. Y les serví a los canarios y a los ratones.

Ahora la algarabía fue general.

¡Será de alegría –concluí–, malagradecidos no son! Y sonreí. Los días siguientes me puse un buen poco de algodón en las orejas.

Allí fue que llegó la comitiva de vecinos: “Saque usted inmediatamente esas fieras, retire toda esa bulla o lo denunciaremos por posesión ilícita y crianza de animales en un condominio”.

–¡Por mí –les contesté– mejor! Y abrí todas las jaulas.

Como no soy nada apegado no tuve ni que pensarlo dos veces. Saqué una botella de kreso y baldeé toda la casa. Al rato no quedaba un solo canario, y ni rastro de pericotes.

El vecindario, en cambio, era un griterío. Ya te imaginarás, en cada casa, los pericotes por los rincones y los canarios revoloteando.

Bueno, tú sabes que en mi matrimonio la que paraba la olla era la Magda, pero en la vida tampoco es cosa de quedarse así. Mira mi hermano, aquí donde me ves, hoy por hoy soy el vecino mejor tratado y el más solicitado del barrio, cualquier cantidad de consideraciones. No hay día que no me inviten a alguna casa: ¡Ah! Y completo ah, su almuerzo bien taipá. Y, por cierto, un discreto sobrecito. Yo, claro, para corresponder, siempre voy con mi mascota. Comprenderás que, con tanto edificio, ya en los techos así nomás no se encuentran...

Destapó la caja. Adentro, bien acicalado y sobre un cojín finísimo dormía satisfecho un gato, gordo como él solo.

N.º 15

-¡Taita, el puma está matando los carneros en el redil!

-Los peones entraron corriendo con la noticia.

¡No puede ser –protestó la madre quitándose el delantal–, si es tan flojo que no mata ni una mosca!

Además, cualquier carnero de un solo topetazo lo priva –convino el padre dirigiéndose al corral.

Pero así era, al llegar vieron un espectáculo incomprensible. Los carneros estaban revolcándose en el suelo, algunos se restregaban desesperadamente contra las maderas de la cerca y otros se correteaban a dentelladas. En un rincón del corral el puma dormía plácidamente.

¡Jamás he visto a los carneros comportarse así! –dijo para sí el papá–. Pero no solo es culpa del puma –aclaró en voz alta. Y mirando fijamente a su hijo mayor sentenció: ¡Has sido tú!

¿Yo... y que hice? —preguntó el chico.

Nos quedamos un rato sin saber qué hacer, mirando a los carneros enloquecidos. Y entonces comprendimos.

Desde su llegada a la casa, el felino se había ganado el cariño de la familia. Su primer “miau” famélico y teatral enterneció el corazón de grandes y chicos... ¡tan escuálido el gatito!

—¡Lo llamaremos tigre! —dijo el menor de los hijos.

—Acá no hay tigres. —sentenció lacónico el papá.

—Bueno, entonces será puma.

Y con “Puma” se quedó, así lo bautizamos. Y de hecho se quedó, pues en seguida se apropió de un pellejo peludo que había en un rincón de la sala, se acomodó y empezó a roncar en el sitio. Nadie se opuso, ya que “su presencia —según dijeron— espantaría a los roedores”.

Error. Algunos meses después, los cereales en el granero y las carnes ahumadas empezaron a aparecer mordisqueados por ratas y pericotes.

¡El puma es la solución! –dijeron todos. Pero nadie pudo lograr que se moviera ni un milímetro. ¡Es la falta de costumbre! –Justificó la mamá.

Nunca es tarde para aprender –sentenció ahora adusto el padre–. ¡A cazar!

Pero el puma seguía durmiendo que era un contento sobre su pellejo –que más parecía un capullo de lana–, tan abrigador y calentito, que a la sazón estaba cubierto de pulgas, piojos y chinches.

¡Entonces que se vaya! –decidieron todos en concejo de familia.

¡Pero con este frío! –lo defendió la madre.

Ya veremos mañana –quedaron antes de acostarse.

Solo el hijo mayor no se conformó. Esa noche de un jalón sacó al puma de la casa y botó el pellejo.

Tiritando de frío el gato se quedó afuera pensando cómo hacer para abrigarse un poquito. Discretamente y dejando a su paso un reguero de piojos y chinches se encaminó al corral lleno de carneros de lana fina.

N.º 19

–¡Si es una preciosura! –exclamó la tía Matilde–
Mujercita ¿No te dije? Yo no me equivoco.

–¡Otra chancleta! –refunfuñó el pequeño Adrián.

–¡Es el retrato de su madre! –gimoteó la nona
enternecida– Si parece que te estuviera viendo, tiene
toda tu cara, chaposita, te lo digo yo que te he parido.

–¡No tanto! –reclamó el abuelo– ¡Tiene mis cejas! Las
cejas de los Ocampo.

–¡Se ha reído! –Saltó regocijada la mamá– Tiene tu
sonrisa Carlos ¡Y tus dedos! Tiene que ser pianista. Por
fin tendremos un concertista en casa. Mandaré a afinar
el Steinway –dijo señalando un armatoste desvencijado
cubierto de adornitos de cerámica taiwanesa–, ese piano
es una joya.

–¡Y ella sí que se llamará Natalia! ¡Hasta cuando voy a
esperar! —moqueó la nona.

–Está bien –transó Adriancito–, la voy a querer. Le regalaré mi trompo.

–¡Trompo! –objeto Matilde– Si ni lo usas, tu hermanita merece otra cosa. Si regalas, regala algo que aprecies.

–Ya bueno, le regalo mi *blackberry*. Y le haré su *feisbuc*.

En un rincón la pequeña Jania lloriqueaba:

–¡Tiene mi lunar! ¿Por qué tuvo que nacer con mi lunar?

Esa Navidad le reservaron su vacante en el nido, escogieron iglesia para la primera comunión y comprometieron a los padrinos de confirmación.

Para su primer puesto al concluir la primaria, papá decidió hacer un esfuerzo. –La niña se lo merece. ¡Hijita... te vas a Disneylandia!

Aprendió a esquiar en todos los estilos y alcanzó las más altas calificaciones en competencias de recorridos, combinados y con trampolín. Es que los Ocampo, a como dé lugar, pasaban siempre sus vacaciones en los Alpes.

Fue la predilecta del profesor de piano en el Royal College of Music de Kensington, donde llegó a hacer su postgrado y resultó tan talentosa que a nadie le sorprendió que el venerable maestro decidiera desposarla. –¡Cuánto honor! –corearon a una voz. Era bien sabido que él, en sus años mozos, había sido el mentor nada menos que de Rubinstein, de Horowitz y de Arrau.

Cuando a Natalia Ocampo le preguntaron adónde iba a pasar su Luna de Miel, tuvo un ligero estremecimiento y se le puso la piel de gallina. Con los ojos incrédulos de júbilo y saboreando por anticipado cada instante, reconoció cómo la vida inexorable había consentido en ponerla por fin ante el momento de tomar su más trascendental decisión. Extendió cuidadosamente un mapamundi en el suelo y con gesto triunfal colocó encima una botella vacía. Ahora solo era cosa de hacerla girar.

N.º 26

Desde la ventana distinguí a la señora sentada en el murito junto a nuestra puerta. Mi esposa maniobraba trabajosamente para sacar el auto sin tocarla.

¡Me voy a Wong! —explicó desde abajo, poniendo las manos como bocina. Y señalando a la viejita, concluyó —¡Dale un sol papi! La mujer ni se movió.

Dejé mi crucigrama y bajé. Era muy anciana, parecía cansada y vestía un abrigo algo raído, al acercarme noté un tufillo tenue a naftalina disimulado con el aroma de alguna colonia.

No me solicitó nada ni aceptó la moneda. Su mirada era dulce y serena, entonces le pregunté:

—¿Busca algo señora?

Ella sonrió.

—Un lugar donde morir.

—¡Ya pues madama, no se pase! —le dije—. Mire ¡La vida... es la vida! Pero tampoco es para tanto. Le traeré una limonada.

No me atreví a hacerla entrar porque uno no mete extraños en la casa, así como así, pero igual, no podía cerrarle la puerta en la cara, al cabo, *se parecía a mi abuelita*; además con este calor... de modo que dejé ligeramente entreabierto y entré.

—¡Con una frozen se sentirá mejor!

Cuando volví me tuve que pasear por toda la casa con el azafate en la mano; la puerta del hall estaba abierta de par en par, llegué hasta la biblioteca reconociendo su perfume y acabé en la sala. Las huellas de sus pisadas conducían hacia la puerta que da al jardín. Terminaban en el césped, justo delante del duraznero, pero la dama en cuestión no aparecía por ningún lado.

—¡No faltaba más —refunfuñé—, ahora resulta que voy a tener que ponerme a buscar a la vieja! ¡Qué fastidio!

Por lo tanto, unos minutos más tarde yo tenía resuelto el problema: Lo más probable es que se había enojado

porque me demoré. Además, ella no me había pedido la limonada. Seguro que ni quería.

Para cuando mi esposa volvió ya me había tomado toda la jarra, y además una chata de ron.

—¡Cómo huele! Qué rico, parece fino. Pero ya te he dicho que no te dejes vender nada. Y menos de los krishnas. Ni les abras. Ven ayúdame un ratito que vengo cargada de paquetes.

Durante la cena comentó. —¿Pero se puede saber qué has echado? Un rato está bien, pero esto no se va. Qué cosa. Si hubiera sabido me ahorraba el aerosol.

A las dos de la mañana me despertó de un zamacón. —¡Voltéate para el otro lado, pues... Estás roncando! Debe ser ese olor a flores. ¡Toda la casa caray! —Y se tapó hasta las orejas.

Justo antes del desayuno la empleada entró corriendo desde la terraza dando voces: —¡El árbol señora, el árbol! ¡Vengan a ver, está lindo! Y huele delicioso.

Allí estaba. En medio del jardín y sin previo aviso, nuestro viejo duraznero reseco había empezado a florecer. No es época, pero de repente le estaban brotando florecillas por todas partes, como si nevara sobre él...

N.º 32

¡Ya están listas, pasa! —dijo Artemio.

En la semipenumbra de aquel taller indefinible, esquivando cajas apiladas y herramientas, el niño se acercó poco a poco, entre jubiloso y expectante. Con una sonrisa de incredulidad se calzó cuidadosamente las alas de madera. Eran pequeñas y sólidas, de roble macizo, como de unas dos pulgadas. Se las aseguró a las muñecas y a los hombros con unas correas gruesísimas y todavía algo dudoso preguntó:

—¿Tú crees que funcionen?

—Verás —respondió el inventor—, nunca lo había hecho. Pero... tú dices que las necesitas ¿verdad? Entonces, ni modo. Tienen que funcionar... Bueno, no vas a poder doblar los codos —le advirtió—, pero te acostumbrarás. A ver, aletea un poco.

Y el muchacho se elevó unos centímetros. Maravillado, sonrió.

—¿Cuánto te debo?

—¡Nada! —contestó el viejo, esbozando suavemente una sonrisa—. Es por el gusto de verte contento.

Y el pequeño salió revoloteando.

—¡Cuidado la cabeza! —alcanzó a gritarle. Pero el chico eludió graciosamente el dintel de la puerta y enfiló sobre los árboles como si lo hubiera hecho toda su vida. En un santiamén dejó atrás el San Cristóbal. *Que ganas que tenía de volar.* Solo él sabía cuánto había esperado ese momento.

El artesano juntó sus herramientas y se deshizo escrupulosamente de residuos, virutas y todo material sobrante. Recién cuando su banco de trabajo estuvo como un anís abrió una lonchera con olluquito, cazuela, mazamorra morada. Tomó un sorbito de emoliente y se disponía a paladear su refrigerio, cuando entró corriendo la vecina toda agitada.

—¿Dónde está mi hijo? Para acá dijo que venía, pero no regresa.

—A ver señora —convino comprensivo—, vayamos por partes ¿A dónde le gustaría ir a su hijo...?

Y tardó un buen rato en explicarle a la mujer que a esas horas el chico ya andaría por Ticlio, o Huancavelica, si es que no se le cruzaba algún chihuaco.

—¡Pobre mi hijo, no me lo vayan a tumbar! Justo ahorita que es el Yahuar fiesta. ¡A ver si no me lo confunden con un cóndor!

A Artemio no le quedó, sino que ponerse a hacerle otro par de alas a la mamá y también otro para el papá. Como se le acabó la madera, para los hermanitos les hizo de lata con pedazos de nordex. Todos dudaban un poco antes de probárselas, pero en cuanto se hallaban arriba no paraban de revolotear. Los demás vecinos, aunque no sabían el por qué ni para qué de tanto jolgorio, también se aparecieron pidiendo que les confeccionara sus alas. Algunos hasta llegaban trayendo pedazos de cuero, formica, cables de luz, planchas de Eternit y un sinfín de materiales disímiles e insólitos. Él procuraba satisfacerlos y se las arreglaba en cada situación. A nadie le decía que no. Y todos salían volando. Algunos, resueltos a darse un baño no pensaban parar hasta Churín. Otros

se conformaban simplemente con una vuelta por aquí nomás, por Amancaes.

—¡Yo voy a visitar a mi tía en Cajamarca! —decidió una señora gorda.

—¡Yo no conozco el Misti! —exclamó alborozado un viejito.

El desfile parecía interminable. Siempre con su media sonrisa y su cigarrillo apagado seguía construyendo alas, una tras otra, ellos ni las revisaban, se las llevaban puestas, así, sin pintar nomás.

Cuando ya no quedó nadie caminando por las calles, Artemio se pasó un pañuelito por la frente, juntó parsimoniosamente la puerta de su taller y se sentó en una banca del parque a mirar la puesta de sol.

—¡Caramba —se dijo—, que cosa! A ver. ¿Para qué querrán andar por ahí volando? ¿No?

Y se puso a comer una pera con dulce.

Como mis lienzos de arte vanguardista empezaban a venderse mejor que nunca, empecé a sentir —no lo niego— aquello que podría traducirse como arrogancia, soberbia, fatuidad, justificados por mi innegable talento.

Hasta que mi esposa Zoila, me bajó de la nube:

—¿Cómo? ¿No te has dado cuenta, aún?

—¿De qué me hablas?

—Qué ¿No sabías que tu engreída hija retoca tus cuadros a eso de las dos o tres, cada mañana?

—¿Retoca? —exclamé sorprendido. Y me la quedé mirando.

—Claro, cada noche.

—Es imposible, —repliqué mostrándole todos los cuadros del estudio y el caballete con el cuadro de hoy—. Aquí no hay ni un trazo de más, no sobra ni una

mancha. Estas son mis pinceladas. No podía creerlo, por más que sabía que a la ñaña siempre le ha gustado la pintura. Desde chiquita se venía a mi atelier, pero ahora sí la cosa es notoria en extremo. Horas se pasa mirando cómo pinto. Bueno, también, pobrecita, es lo único que la calma.

Compadecida, mi esposa retiró lo de *cretino* y me propuso apostarnos a vigilar mi estudio esa noche. A las doce en punto, nuestra querida hija, aún en pijama, entró lentamente. Ella siempre camina despacio. Prendió las luces, se puso mi guardapolvo y cogió la paleta. Abrió un tubo de óleo, luego su complementario, las espátulas, el disolvente, midió la distancia con el dedo pulgar; manejaba las herramientas con destreza. Pincel en mano gesticulaba realizando todos los pasos como un entendido, primero los de cerda, luego los de marta; pero, ya se tratara de empastes, o lamidos, todo ocurría a escasos milímetros del lienzo. El procedimiento, los movimientos eran exactamente los que yo había empleado, sólo que cada gesto era acompañado ahora por una intensa expresión de su rostro. Profunda tristeza al poner las sombras azules. Alegría desbordante en los reflejos arrebolados. Nos parecía asistir a un festival

incontenible de emociones y sentimientos. Jamás artista alguno pintó con tanta pasión. Salvo ese desmesurado ingrediente afectivo, era como si viera correr una película de mí mismo cuando pinté ese cuadro. Mi niña había imitado todo mi programa pictórico, mi esquema narrativo, cada movimiento. Había recorrido mi propio camino, repasando, rellenando cada pincelada. Pero, ni una gota de pintura. Nosotros contemplábamos escondidos, maravillados, casi sin aliento, no fuera que nos descubriera. Cuando terminó estaba chaposa, extenuada. Simplemente se volvió sonriendo hacia nosotros y por primera vez en su vida abrió la boca.

—Le puse lo que le faltaba—. Dijo bajito. Y esta vez sí, con toda parsimonia, estampó sus iniciales en el cuadro, al lado de las mías.

N.º 49

—Señor —me dijo la gitana ante mis cartas tendidas en la mesa—. Lamento decirle que usted ganará mucho, mucho dinero por sus obras...

—¿Pero por qué lo dices en ese tono? —contesté riendo feliz—. Si escribo libros, pinto óleos con técnicas vanguardistas... ¿Qué es lo extraño?

—Ay, señor mío —lamentó nuevamente la gitana—. Es que usted nunca disfrutará de esa riqueza. Su éxito será real, dinero, mucho dinero, pero vendrá... apenas usted muera.

Y sin más dio por terminada la sesión.

—¡No lo acepto! —exclamé cerrando un puño—. Tiene que haber un error.

Ella me miró fijamente con expresión insólita y calló como si le costara retomar la decisión. Tras un silencio

larguísimo, casi en un susurro, ordenó: ¡Corte! En mi aprensión, apenas si toqué las cartas.

Permaneció inmóvil, su respiración se hizo lenta, pesada, y creí que se me dormía, pero de pronto con un gesto centelleante desplegó en abanico los naipes sobre la mesa. El efecto fue como un látigo que cruzara mi mejilla.

—¡Aquí está! —dijo señalando las copas de colorinches y unos garrotes nudosos—. ¡Usted morirá...!

—¡Y yo jamás me equivoco! —concluyó desafiante. Y cerró el mazo, esta vez definitivamente. Por lo visto yo había logrado ofender su amor propio. Me pareció incongruente que se lo tomara tan a pecho, al cabo el que se va a morir soy yo, pero, en fin.

Salí cabizbajo, nunca había entendido nada de cartas ni cosa parecida, pero morirse por culpa de unos cuantos naipes pintarrajeados no me cuadraba... Me fui andando, ya no tenía ni ganas de ir al Palermo; ya otro día veré a Bola. Esto tenía que arreglarse.

Esa noche no dormí bien y aunque traté de distraerme y quitarle importancia pasé la mañana siguiente medio

inquieto. Caminando, como sin rumbo, llegué a la casa de un compañero de clase de literatura, voceado para “el poeta joven del año” y que era medio “curioso”.

—Rodolfo —le dije— tú que conoces de esto ¿Puedes hacerme mi mapa astral?

Creo que a esas alturas yo ya estaba pensando informarme un poco de esas rarezas y enfrentar las cosas para combatirlas desde adentro.

—Ahora no puedo —me contestó—, verás, estoy escribiendo sobre las admoniciones de un lobo... Y, quiero acabar de una vez para dedicarme a... ¡Oye!, no me vas a creer... ¿Sabes lo que es un gambito?

Debe haber visto en mi cara de desconcierto que yo no sabía nada de ajedrez, porque al parecer se compadeció de mí, y haciendo un esfuerzo accedió a mi pedido:

—Disculpa viejo, es que estoy ocupadísimo... Pero de todos modos haré algo por ti. Mira, te diré un secreto. Pon atención, porque muchos te lo podrán repetir, pero si le tomas el sentido es algo que... ah, no te imaginas. Escucha bien, dice así:

—“Los astros mandan, pero no obligan”—. ¿Ya? ¡Los astros mandan!... ¡Pero no obligan! ¿Entendiste? Ja, ja, ahí está el asunto.

Acto seguido volvió a sentarse en la posición del loto y ya no me quedó más que irme.

—Le ha agarrado de nuevo y con más fuerza —me dije, bajando las escaleras—, bueno, mejor que se dedique a su poesía, para mí que va a ser bueno, promete.

Cuando llegué al primer piso, el zambo tuvo un último gesto para mí, desde la ventana me gritó dos nombres. —¡Léelos, son lo máximo, full astrología... y todo lo demás, te va a servir!

—Ya hermano, gracias... Bueno, nada se pierde.

Al pasar por la Casona me quedé un rato en el patio conversando con los muchachos, hablábamos de todo, de los cachimbos, el partido, los próximos juegos florales; pero era como si todo lo escuchara desde muy lejos, estaba con la mente en otras cosas. En un aparte, inevitablemente le confié a mi mejor amigo mis aprensiones sobre la muerte...

—Prométeme que no te vas a reír de mí —traté de explicarle—, pero parece que me voy a morir, ¿Te das cuenta? Y estando tan cerca de ser rico...

—Bueno —accedió en responder—, te diré que, en verdad... ¡Yo no me río... Sucede simplemente, que no tengo miedo de...!

—Ya Javier, ya —le dije—. Gracias. Y me fui a casa.

Quise acostarme temprano; sin embargo, los acontecimientos de la tarde se me agolpaban, me ardía la frente. Sobre el velador varios libros que había sacado de la biblioteca. En los oídos me retumbaban las frases de todo el día, unas y otras "...sé que al llegar ella yo estaré esperando... los astros mandan... entre pájaros... pero no obligan... entre pájaros y arboles..." Todo giraba, mezclado. Leí febril, esa noche, toda la noche y las siguientes. Y ya no fui esa semana a la pileta, ni al Viena. Leí; leí... el Tarot... presente, pasado, futuro, el ahorcado, la rueda, la papisa, el loco, leí hasta el último de los arcanos... los metales, los planetas, los elementales, todo. Leí por semanas. Goethe me contó todos sus secretos. Adler ya no tenía misterios para mí. Eran mis libros de cabecera. También pinté, pinté sin descanso; días enteros pinté.

Unos meses después anuncié el remate. Una veintena de cuadros, coloridos, luminosos, impactantes, además de una retrospectiva, rodeaban mi ataúd; dentro de él, yo, recostado, recibía sonriente a los visitantes. ¡Champán para todos! Era una ceremonia teatralizada, mezcla de rito y de farsa. Así comenzó la subasta “En homenaje al recientemente fallecido”. Todos los cuadros se vendieron al momento y tuve que pintar veinte más. A la semana siguiente me tuve que morir de nuevo. Las galerías se peleaban mis *vernissages*. Aunque luego de un tiempo el público ya un poco que se acostumbró. Ah, este público limeño... Sebastián me dijo que no me preocupe, que Lima es así; y él sabe de eso. Pero, ya no compran. Creo que tendré que ir a darme unas cuantas vueltas por París, allá cotizan mejor la pintura. Ojalá no llueva nomás porque César dijo algo sobre los aguaceros de allá... que son medio peligrosos, creo. Bueno, está decidido. Iré a Francia, así de paso le doy unos días de vacaciones a mi nueva secretaria, y así descansa también la pobre, porque eso sí, para qué, no se me descuida; me chequea día a día; pero ya es tiempo de que se pase de visita por España; resultó buena mujer, es excelente y cuida mis exposiciones hasta el último detalle, pero está extrañando a todos sus parientes que allá en Granada,

en las cuevas del Sacromonte, cada año organizan su congreso de quiromancia, con cartas, bola de cristal y todo eso...

Verificó que el mensaje urgente estuviera bien atado y se elevó graciosamente, como en los viejos tiempos. Según se iban soltando sus alas entumecidas fue ganando altura, así subió y subió hasta más allá de las nubes. Por horas voló; voló planeando, voló en picada y voló en todos los estilos conocidos, calculando a la vez cada minuto, para poder llegar exacto a la cita y entregar a tiempo el preciado encargo. Disfrutó del Sol, del calorcito; a lo lejos, la cruz... claro, el San Cristóbal. De pronto divisó un grupo de aves plateadas volando en ordenada formación triangular. ¿Mensajeras quizás? Las siguió con la vista hasta que se perdieron más allá de San Lorenzo, hacia mar abierto, parecían enrumbarse a un largo viaje. El corazón le dio un vuelco. Pero pensó en la carta que llevaba asegurada firmemente a su patita izquierda y finalmente...

—El deber...—concluyó—, primero es el deber. Bueno, igualito; yo ya no estoy para viajes largos. Total,

a lo mejor son solo fanáticos que no tienen nada que hacer. O simplemente ingenuos que leyeron el *bestseller* ese y hacen la finta. Payasos. Cualquier *salvador* les da lo mismo. Ya regresarán.

Y miró para otro lado. A su costado, volando suavemente, una pájara extraña se mecía como columpiándose en el aire. No parecía paloma. Al menos, no mensajera. Pero no era cosa de hacerle ascos, al cabo tenía un aire medio familiar, casi le inspiraba confianza; empezó a pensar si debiera saludarla...

—¡Qué! ¿Ya no te acuerdas de mí?

En efecto, yo me había quedado mirándola. Su voz no me sonaba del todo ajena, pero me era imposible reconocerla.

—¡Disculpe usted! —Le dije— ¿Será tal vez que...?

—¿De usted? —Contestó—. Toda mi vida a tu lado... Y ahora me tratas de usted.

—Lo siento balbuceé, es que no sé cómo...

—¡Bien que sabes! Tú siempre has sabido “cómo”...
¿O no? ¡Así es que ya no te me hagas!

Parecía enojadísima. No entendí por qué. Aunque también me pareció percibir un matiz de malicia y por un instante hasta creí que me estaba coqueteando... Yo estaba cada vez más confundido. Empecé a volar bajo. Finalmente, y casi de común acuerdo nos posamos en medio del jardincito, debajo de una ramada. Ella sobre una hamaca y yo en un banquito a su lado. Me quedé meciéndola un rato, absorto, tratando de ordenar mis ideas.

En la puerta de la casa, los Testigos, con El Libro en la mano, pacientemente volvieron a tocar...

—Ociosos— concluí, y miré para otro lado volviendo a mi interlocutora.

—Entonces señora, usted que tanto sabe —le dije—, ¿Podría tal vez ayudarme? Resulta que tengo que entregar este mensaje, y... por estos lares, no conozco mucho.

Desenrollé el papelito asegurado a la correa de mi reloj y se lo di.

—A ver —leyó ella como armándose de paciencia—, aquí dice: “Donepezil con cimetidina. Oral. De 200. Para el Alzheimer de Rosita. Entregar a las cuatro en punto, sin falta...” Mira —continuó—, Donepezil es una pastilla, la pastilla que tomo todos los días, la celestita. Y no me digas que no sabes que Rosita soy yo. ¡Para Rosita, dice! ¿Oíste?

Como si me hubiera pasado electricidad al codo metí la mano al bolsillo. Desenvolví un papel servilleta arrugadito y de inmediato saqué la pastilla.

—¡Aquí está, mi amor! No faltaba más.

Ella hizo un ademán para incorporarse y noté en su gesto que el esfuerzo era demasiado. Me hice el disimulado y se la alcancé. Como pude me dirigí hacia la puerta del fondo, debía ser la cocina.

—¡No te levantes! —le grité—. Te voy a traer un poquito de agua, ¿ya corazón? Ahorita voy. ¿Qué cosa? ¿Acaso yo estoy acá pintado? Yerbaluisa te voy a dar, quitadita al frío y con una pizquita de miel como a ti te gusta...

Y empecé a buscar con la mirada. —Por aquí debemos tener una jarra. O al menos una botella. O... a ver, a ver. Vamos a ver...

ÍNDICE

Poesía	7
Narrativa	34

Décima de presentación

He templado mi instrumento
con canciones de mi tierra
sus alegrías y penas,
el saber y el sentimiento.
Se estremece el firmamento
contemplando hoy al Perú.
Y al no hallar mayor virtud
que cantar lo que se siente
yo le canto a nuestra gente
soy Octavio Santa Cruz

1996

Colección
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA